

TRIBUNA LIBRE

ANSIA "También los pobres ríen..."

(Benavente)

¡Préndeme la alegría!

Humanidad con sed, ponme un barreno
de júbilo en el alma, y en los dientes,
un crepitar de fósforos ardiendo.

¡Préndeme la alegría!

Que por todos los poros se me escape
la luz del entusiasmo.

Anclado en las mil rutas de los mundos
—molido de contento—, abrir los brazos.

Y mi harina se ría, generosa;
y mi pan se haga cachos...

¡Préndeme la alegría!

Mi puerta pierda el número y la calle.
Pierda pueblo y frontera.

Que el camino le diga al vagabundo:

—Ahí puedes descansar; abre la puerta.

¡Préndeme la alegría!

Rosas anchas de pólvora: en las minas
y en el cielo, cohetes.

¡A pregonar el éxito en la siega
de los mismos laureles!

¡Préndeme la alegría!

¡Humanidad con sed, ponme en mi vino
burbujas de champán; quiero que brinque!...

¡Mátame los microbios del vinagre!

¡Que sientas tú que mi pobreza ríe!

Juan ALCAIDE SANCHEZ

III

(Continuación)

Durante el tiempo en que se duerme el frío en la carne profunda de los recién nacidos jazmines, llegó Ruiseñor a las regiones donde los pajarracos levantaron sus ciudades orgullosas. Era la única sonrisa que se permitía dirigir a los mortales una tierra ora abrasada, ora aterida. Llegó Ruiseñor a la ciudad donde se alzaba el santuario y la ciudad estaba en fiestas y el santuario vacío. En las calles, apretada multitud de pingüinos y de pájaros bobos se agolpaba sobre las aceras para permitir el paso de una lenta procesión. Ruiseñor había de esperar la llegada de las sombras para penetrar en el recinto sagrado. Había de esperar y contempló oculto aquellas extrañas y peregrinas costumbres.

Graves, pausados, con la severidad en el rostro y la compostura en los ademanes, desfilaban los grajos y los mochuelos y los cernícalos con largos y puntiagudos gorros que decían ser de penitentes; por el centro de la vía, entre las dos filas de encapuchados pirulíes, dos grajos y un cuervo salmeciaban monótonos rezos.

¡Qué devoción se retrataba en el semblante de aquella linda gallinital! Se mueve inquieta y sonríe sofocada. Tras ella, un cuclillo se edifica piadoso. Cuando -oro, pedrería e incienso-

La isla de los pájaros

Cuento original de
Clodoaldo Barrios Roca

la imagen pasa, ni fuerzas tiene para elevar las alas y saludar respetuoso. La gallinita esconde un momento las pupilas y entreabre el piquito como aspirando ansiosa el perfume de los nardos y la dulzura de la tarde. Desde un balcón una lechuza canta al paso de la imagen. Luego una cotorra; después una urraca y otra, y otra. Cuando concluyen, los pájaros bobos continúan con la diosa y, detrás, en correcta formación, los buitres, los gavilanes, los milanos, todas las alimañas de los cielos desfilan arrogantes mientras las lechuzas, enmantilladas, sonríen a su paso, limpiándose una lagrimita de aceite.

Y se hizo de noche. Ruiseñor penetró sigiloso por el camino de plata que un rayo de luna le trazaba, y se pasó sobre el altar. La nave estaba silenciosa y oscura, sólo unas bujías se consumían como los ojos de una novia que espera inutilmente, alumbrando con pálidos reflejos las argentinas columnitas del paso y la pedrería y el bordado manto azul riquísimo, desbordante desde el cuello como una campana que calla. Las manos de la

diosa se juntaban sobre el pecho y eran unas manos morenas, chiquitas y afiladas; se unían señalando un corazón prendido con lañas sobre el terciopelo y herido por siete lindísimos puñales. Ruiseñor quiso llenar el pomo con la sangre vertida por aquel corazón; pero era de plata y cayó con estrépito hasta el suelo... Un estremecimiento de terror... Nada... No había sido oído por nadie, podía, pues, terminar su tarea. Esta requería desprender a la virgen de su pesado manto de terciopelo. Dió vueltas y más vueltas alrededor del ídolo venerado. Era muy pesado para sus fuerzas sólo y desesperaba Ruiseñor. ¡Oh, qué alegría! Ya sus fuerzas eran suficientes. ¿Cómo no lo había visto antes? ¡Si bastaba con tocar el broche que lo sujetaba sobre la espalda! ¿Temblaría pudorosa la virgen al sentirse desnuda? No importa, Alondra Blanca muere en lejanas tierras y es preciso concluir. Un picotazo basta, y salta el broche... ¡Oh, desilusión! el cuerpo adorado por tantos pájaros bobos y tantas lechuzas, el cuerpo de la virgen en cuyo honor se queman pétalos de rosa y oloroso incienso, la imagen a quien se entonan plegarias dulcísimas y canciones de loor y de esperanza, es un seco leño que sostiene llevadas las manos a la cabeza, es un

(Continúa en 6.ª plana)